SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 1° DE FEBRERO DE 2004
Turismo | 12

Caminos del Tafí

Verano en Tucumán, por valles y montañas donde vive el espíritu indígena.





La Villa Victoria Ocampo, una casa inglesa prefabricada que hoy alberga un centro cultural.



Los edificios históricos con techo a dos aguas se mezclan con la arquitectura moderna.

MAR DEL PLATA *Mansiones y palacetes de la Belle Epoque*

Viejos esplendores

Un recorrido por la historia de Mar del Plata a través de sus casonas y villas veraniegas de principios del siglo XX. Un patrimonio arquitectónico que muchas veces pasa inadvertido frente a los fulgores de la arena y del mar.

POR JULIAN VARSAVSKY

El primer hombre blanco en divisar las costas de Mar del Plata fue Fernando de Magallanes, quien las observó desde una goleta un cálido día de febrero de 1529. Luego llegó una expedición a caballo enviada por Juan de Garay, y más tarde arribaron los jesuitas, quienes a mediados del siglo XVII fundaron la Reducción Nuestra Señora del Pilar, cuyos restos se pueden visitar en la zona de Laguna de los Padres.

A fines del siglo XIX existía en la futura Mar del Plata un saladero de carne alrededor del cual se había levantado un pequeño pueblo. Y fue en ese tiempo cuando aparecieron los primeros hoteles y residencias veraniegas que determinaron el perfil turístico que tendría más tarde la ciudad. Al poco tiempo, el progreso de la villa balnearia era imparable, con las diligencias tiradas a caballo llegando desde Maipú, donde terminaban las vías del Gran Ferrocarril del Sud. En 1886 llega a Mar del Plata el primer tren con turistas, y el destino de aquella incipiente villa cambió para siempre.

UN REDUCTO DE LA OLIGARQUIA. En el verano de 1888 fue inaugurado el esplendoroso Hotel Bristol, cuyas instalaciones incluían un casino, teatro, sala de conciertos y un restaurante de cocina francesa. De inmediato, Mar del Plata se convirtió en el destino veraniego de las clases acomodadas porteñas, ligadas al desarrollo económico del modelo agroexportador. De aquella época todavía quedan en la ciudad alrededor de 300 casas, villas veraniegas, palacetes, chalets y edificios que fueron declarados Bienes de Valor Histórico por el municipio. Pero como consecuencia de los fulgores del mar y la arena, la mayoría de los visitantes de la ciudad no suele reparar en ellos.

La *belle époque* fue un período comprendido desde finales del siglo XIX hasta alrededor de 1920. Una de sus características locales fue que las clases acomodadas de la Argentina importaron desde Europa un estilo de vida marcado por el lujo y la ostentación. Y Mar del Plata fue un fiel reflejo de aquellas costumbres. Desde su inauguración, el Hotel Bristol fue el centro de la vida social veraniega a través de sus famosas fiestas cuyo esplendor duró hasta la década del ‘20, cuando comienzan a decaer. El problema era que la alta burguesía argentina empieza a preferir sus propios chalets, dejando de lado el hotel. Estas majestuosas residencias de verano cercanas a la playa se erigieron en su mayoría sobre las lomas Stella Maris y Santa Cecilia. Es entonces cuando Mar del Plata alcanza su primer gran esplendor, y es rebautizada como la “Biarritz argentina” por aquellas familias que durante los inviernos podían cruzar el océano para disfrutar del calor de las costas europeas.

LAS CASONAS. Una de las obras arquitectónicas más famosas de Mar del Plata es Villa Silvina, erigida en 1908 con estilo francés, perteneciente a uno de los hijos del general Urquiza, casado con María Luisa Ocampo. En 1940, la casa fue adquirida por Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, y, según se dice, su hermoso jardín poblado de robles, cedros y castaños de laIndia habría inspirado a Borges cuando escribía *El jardín de los senderos que se bifurcan.* Villa Silvina está ubicada en el cruce de las calles Quintana y Arenales. En diagonal a Villa Silvina se encuentra –no casualmente– Villa Victoria, perteneciente a la otra de las hermanas Ocampo. En la actualidad, esta casona prefabricada traída desde Inglaterra alberga un centro cultural entre cuyas paredes alguna vez desfilaron Virginia Woolf, Graham Greene, Gabriela Mistral, T.S. Eliot, Rabindranath Tagore e Igor Stravinsky.

El recorrido por las casonas marplatenses continúa por la antigua Villa Leloir, levantada en 1912 sobre la loma Stella Maris para albergar los veranos de la familia del Premio Nobel de Química, Luis Federico Leloir. La villa de estilo inglés abarca media manzana en el cruce de las calles Rawson y Pellegrini, y está rodeada por un jardín con rosales y dos enormes palmeras africanas.

LA RAMBLA, CONTRA VIENTO Y MAREA

La famosa Rambla que todo visitante actual recorre frente a la playa Bristol tiene su propia historia. Construida en madera, la primera fue arrasada por las aguas de un temporal en 1890. La segunda, inaugurada con su propio nombre por el presidente Pellegrini acompañado de su esposa, fue consumida por las llamas en 1905. Casi una década después se construyó la muy aristocrática Rambla Bristol, que era el lugar de encuentro público por excelencia y escenario de la vida galante, en el marco de confiterías, comercios, cines y lujosos restaurantes. En sintonía con tanta alcurnia y aires parisinos, en 1941 se erigió el monumental Complejo Casino y Gran Hotel Provincial.



Las líneas de estilo Tudor con ladrillos al desnudo de la Villa Oscar Carrera.



La Villa Ortiz Basualdo, sede del Museo Juan Carlos Castagnino.

EL ORATORIO DEL UNZUE. En la costanera norte del Mar del Plata fue inaugurado en 1912 un complejo de cuatro manzanas que albergaba el Hogar Saturnino Unzué, levantado de manera suntuosa sin ahorrar en fustes de columnas, carpintería realizada en Roma y trabajos de orfebrería. El punto culminante de este conjunto arquitectónico es un famoso oratorio al que se ingresa por una puerta de roble de Eslavonia, para enfrentarse a un gran púlpito encabezado por un águila de bronce. Allí hay una representación de *La última cena* trabajada en bajorrelieve de bronce, un tabernáculo de mármol policromado, esculturas de mármol de Carrara, un órgano y un armonio francés. El oratorio está abierto al público y la entrada es gratuita.

Los más diversos estilos de origen europeo se suceden a todo lo largo de la zona costera marplatense. La Villa Alzaga Unzué sigue la línea Tudor inglesa; la Villa Normandie –donde funciona el Consulado de Italia– reproduce los lineamientos normandos; y la Villa Blaquier –de 1905– es fiel al pintoresquismo inglés. La que probablemente sea la casona más interesante de visitar en la ciudad es la Villa Ortiz Basualdo, que se levanta sobre la loma de la Avenida Colón desde 1909. Su estilo anglo-normando con cuatro plantas está inspirado en los castillos del Loire, y en su interior hay una colección de muebles y *boisserie* de estilo art-nouveau, que a su vez son el marco del maravilloso Museo de Arte Juan Carlos Castagnino.

El Club House del Mar del Plata Golf Club –frente a Playa Grande– también pertenece a la corriente pintoresquista del Tudor inglés. Sus tres niveles fueron construidos con piedra de la zona trabajada por albañiles búlgaros especializados y artesanos italianos. Tiene un porche con aires feudales y sus lujosos salones están revestidos con roble de Eslavonia y decorados con herrajes de bronce británico y muebles coloniales.

En el cruce de Córdoba y la Peatonal San Martín se erige el llamativo Palacio Arabe, casi un símbolo de Mar del Plata. Su mentor fue Jalil Hassein, un sirio oriundo de la ciudad de Damasco que en un arranque de nostalgia se hizo construir un palacio con estilo morisco español. El palacio, coronado por una media luna musulmana sobre una torre, tiene seis pisos y funciona como residencia familiar. Su arquitectura y decoración se caracterizan por arcos árabes, frisos con intrincadas figuras geométricas, balaustradas con farolas y guardas ajedrezadas que rezan: "No hay más Dios que Alá".

Ya en el centro de la ciudad, el antiguamente llamado Almacén Buenos Aires, ubicado en el cruce de Rivadavia e Hipólito Yrigoyen, respeta los dictados del art-nouveau, con el agregado de un cúpula al estilo de una iglesia medieval.

MEJOR NOS VAMOS. En Mar del Plata, los dorados años '20 fueron perdiendo brillo para unos y ganándolo para otros. Cuando en 1934 se inaugura la Ruta Nacional 2, la clase media comienza a tener acceso a la ciudad. A partir de 1950 se inicia la etapa del turismo masivo con la aparición de los hoteles sindicales, que atrajeron un nuevo público a la ciudad. En un primer momento, la estratificación social se reflejó en playas como la Bristol y la Grande, ocupadas por la efervescencia popular que llegó a reflejarse en la aparición de una Unidad Básica peronista que difundía con altoparlantes la marcha que tanto irritaba la piel de los sectores "gorilas" de la sociedad. En consecuencia, las clase media en ascenso y la alta comienzan a desplazarse hacia lugares más solitarios como Punta Mogotes y Miramar. Pero el avance de los nuevos sectores sociales ya era imparable y Mar del Plata dejó de ser el reducto de una aristocracia, que poco a poco fue mudando sus vacaciones hacia balnearios más alejados como Pinamar y más tarde Punta del Este, en su búsqueda por resguardar la exclusividad de sus espacios. Mar del Plata perdió entonces, y de manera definitiva, sus pretensiones de villa europea para dar lugar a una ciudad moderna, vertiginosa y masiva.

TURISMO EN TUCUMAN

En las sendas del Tafí

POR GRACIELA CUTULI

Un recorrido veraniego por los Valles Calchaquíes, donde la geografía tucumana tiene ecos de los pueblos indígenas y florece el culto a la Pachamama. Tafí del Valle, Amaicha del Valle y las Ruinas de Quilmes son tres ventanas de este espléndido circuito.

Además de ser el "Jardín", Tucumán tiene una forma y una ubicación que hacen pensar en el corazón de la República. Pequeña en superficie, pero rica en paisajes, la provincia tiene un sitial de honor en todos los manuales de historia argentina, que a veces empañan con un velo de rígido patriotismo la tradicional calidez de la gente, la presencia de sus paisajes imponentes y la dulzura de su gastronomía típica, que una vez probada se añora en cualquier punto de la Argentina. En esos cielos diáfanos la luna es más brillante, el sol hace madurar en todos los tonos del dorado cítricos que se exportan a todo el mundo, y mudos centinelas de piedra erigidos por los indios quilmes contemplan para siempre las selvas y embalses que se suceden por las intrincadas rutas de montaña. Tucumán es un lugar para conocer, para volver, para asombrarse, pero sobre todo para amar: a nadie puede dejar indiferente la concentración de historia y belleza de ese corazón que late llevando a los cuatro vientos el orgullo de sus coplas y sus zambas.



El arte de las tejedoras, frente a una pirca de piedra sobre piedra.


Las copleras cantan bagualas en la soledad de los Valles Calchaquíes.

LOS VALLES CALCHAQUIES

Las ondulaciones del oeste tucumano se internan en los antiguos valles sagrados indígenas, mostrando en el camino increíbles variaciones de paisaje, de vegetación y colores. De la exuberancia a la aridez hay un solo paso, y en ese paso parece concentrarse la esencia tucumana. Saliendo de la capital, se puede empezar el viaje por los Valles Calchaquíes en la conocida localidad de Famaillá, cuyo nombre está asociado a la Fiesta Nacional de la Empanada (la variante tucumana de la empanada suele llevar pimentón, perejil y comino; por supuesto, es eterna y folklórica la rivalidad con las vecinas empanadas santiagueñas y salteñas). Los alrededores de Famaillá están dedicados al cultivo de frutas y de la caña de azúcar; existe además en las cercanías el Haras Malebart, que se dedica a la cría de caballos peruanos de paso.

Saliendo de esta localidad por la RN 38 y la RP 307, empieza el fascinante recorrido por la selva de yungas (o selva tucumano-boliviana), donde la variedad de árboles, flores, helechos y otras especies vegetales se sencillamente asombrosa.

En el ascenso al valle del Tafí, cuando es época de florecimiento de los lapachos y jacarandás, parece imposible tanta concentración de colores y matices de verde en los troncos y ramas de árboles enteramente cubiertos de vegetación.

Mientras tanto, la ruta angosta y sinuosa sigue subiendo entre curvas y contracurvas que dan, sin embargo, un primer descanso en el paraje El Indio, donde en el entorno a un monumento levantado sobre la ladera montañosa se concentra un pequeño mercado artesanal. Aquí la vegetación ya es algo diferente: predominan los árboles de altura –alisos y pinos de cerro– que poco más arriba empezarán a ralear para dar paso a los tonos áridos del paisaje que acompaña a los viajeros durante el resto del circuito. Dejando atrás el paraje El Indio, se ingresa al Valle del Tafí y el Embalse La Angostura: menos de 100 kilómetros separan a este espejo –situado a 2000 metros sobre el nivel del mar– de la capital tucumana, pero a la hora de calcular los tiempos del recorrido hay que recordar la lentitud de loscaminos de cornisa. Al embalse van a dar las aguas de los ríos Tafí y del Mollar, además de cursos secundarios, para liberarse luego en el río de los Sosa.

Rodeado por el cerro Pelado, el Tafí y el Ñuñorco (su nombre –"pecho de mujer", en quechua– da una idea de la silueta), el Embalse La Angostura es un punto de turismo juvenil elegido para practicar deportes náuticos, navegar y pescar truchas y pejerreyes desde la costa o embarcados.

Ya se está, además, a las puertas del Parque de los Menhires, que se extiende en las laderas de una colina a medio kilómetro del Embalse: aquí hay 129 monumentos graníticos tallados por los indios del valle, que estaban dispersos por toda la zona, pero en los años '80 fueron concentrados en este lugar. Aunque facilita el recorrido turístico, sacar los menhires de sus emplazamientos originales es una barbaridad antropológica irreparable. Al menos en señal de respeto hacia las culturas que habitaron esta parte de Tucumán –la última lengua del imperio incaico– hay que detenerse y apreciar los tallados, las cerámicas y otras manifestaciones de una civilización ya desaparecida que se encuentran en el museo de la Estancia Jesuítica de La Banda.

Las llamas de Tafí, coordinadas para cuidar el pasto de los valles.

TAFI DEL VALLE Por lejanas que parezcan hoy las resonancias, el nombre de Tafí del Valle –uno de los principales centros turísticos del noroeste tucumano, aunque hace apenas 60 años ni siquiera había caminos que la conectaran con la capital provincial– es más que apropiado para este itinerario por los Valles Calchaquíes: deriva de la palabra diaguita *taktillakta*, o "la entrada espléndida", un calificativo no exagerado ante la hermosura del lugar, que hoy ofrece excelentes servicios turísticos y un clima ideal para visitarlo durante todo el año. Desde Tafí del Valle parten las excursiones a caballo o en todo terreno al Cerro El Pelado, que marca el comienzo –hacia el oeste– del Valle de las Carreras. La cumbre ofrece una extensa vista por los alrededores, sin obstáculos y bajo el ocasional vuelo de los cóndores; antes hay otro buen punto panorámico en la Cruz del Cerro. El cerro Pabellón es otra de las opciones para los amantes del trekking; el circuito dura unas seis horas y también es la puerta a una vista espectacular del valle y el Infiernillo.

Aquí, en pleno corazón de lo que fue una rica cultura indígena, no se puede dejar de visitar el museo Estancia Jesuítica de La Banda, fundada a principios del siglo XVIII en las afueras de Tafí del Valle. Parte del museo está dedicado a la historia de la misión jesuítica que funcionó en estas instalaciones, con Biblias y obras de arte religioso; el resto está consagrado a los pueblos indígenas de los Valles Calchaquíes. Después de la expulsión de los jesuitas, la estancia fue rematada y sufrió varias modificaciones a lo largo de los siglos para adaptarla a nuevos usos (fue, por ejemplo, lugar de veraneo de presidentes y gobernadores tucumanos). La capilla, sin embargo, recuperó tras varias restauraciones el aspecto de la fachada original. Como contraparte de la visita a la estancia jesuítica, en las afueras de Tafí se puede ver el Museo de Mitos y Leyendas Casa Duende, que refleja las muchas creencias de los pueblos ancestrales (y no tanto) sobre dioses y seres protectores en la región.

En febrero, Tafí del Valle y El Mollar –una localidad cercana al Embalse La Angostura, preferida de los turistas más jóvenes y punto de partida de cabalgatas, trekkings y otros paseos por la zona– son centro de dos fiestas que reúnen a numerosos >>>


Las ruinas de la ciudad de los indios quilmes, una fortaleza que los españoles nunca pudieron franquear.



Los arrieros a caballo bajan de la montaña, donde habitan en parajes inhóspitos aislados de la civilización.

<<<

turistas ávidos de probar las especialidades locales: del 19 al 23, se organiza la Fiesta Nacional del Queso (hay un pre-festival el fin de semana inmediatamente anterior) en Tafí, y el 7 la Fiesta de la Verdura en El Mollar, una cita heredada del rito mediante el cual los indígenas agradecían a la tierra cada año los frutos de la cosecha.

RUMBO A LAS RUINAS DE QUILMES Todo Tucumán es una tentación dulce, como corresponde en la provincia de la caña de azúcar. Pero lo es sobre todo en las afueras de Tafí del Valle, donde el barrio La Quebradita es famoso por sus especialidades artesanales, cuyas fábricas pueden visitarse para conocer el proceso de elaboración de los alfajores de dulce de leche, los ñuñorquitos y los gaznates. De allí a la zona de Los Cardones, donde no es difícil imaginar que abundan estos gigantescos cactus típicos de la prepuna, hay unos 40 kilómetros de camino de cornisa. En un clima semiárido, de climas extremos y raras lluvias, los ríos brotan y se cortan, vuelven a surgir más lejos entre quebradas y valles, y el paisaje ya toma esos colores ocres, verdosos, rojizos, que se asocian en el imaginario colectivo con las inmensidades puneñas. De la diafanidad del cielo da fe el Observatorio Astronómico de Ampimpa, fundado en los años '80 para observar y estudiar el cometa Halley. El Observatorio es un centro de investigación y campamento situado en una zona que se ufana de contar con 230 noches despejadas al año: es el sitio ideal para avistar manchas solares y aprender a distinguir las constelaciones. Unos kilómetros más adelante, por la RP 307, se levanta Amaichá del Valle, a 2000 metros sobre el nivel del mar y a las puertas de las sierras de Quilmes. Una vez más, ¿cómo no tentarse? Esta vez, el llamado gastronómico toma la forma de empanadas, locro, pan con chicharrones y un vino patero que es conocido en toda la región. En Amaichá del Valle se visita el Centro Cultural Pachamama, conocido también como la "Casa de Piedra", una construcción que es a la vez obra de arte, museo, centro cultural y homenaje a los antiguos dioses calchaquíes: la Pachamama –cuya fiesta es el 1º de marzo–, Inti, el dios Sol, y Quilla, la diosa Luna. El centro fue inaugurado hace siete años y logra transmitir en su cuidada arquitectura los misterios de la cosmogonía indígena. Aquí y allá es el paisaje de los chamanes, los guerreros, los animales sagrados y los símbolos, el que recupera todo su sentido en este lugar, arraigado en la tierra que les dio vida y hoy les sigue dando significado. Ese mismo significado se percibe y se siente con fuerza en el último punto del recorrido: las Ruinas de Quilmes, levantadas por ese pueblo que terminó tristemente sus días exiliado en las cercanías de Buenos Aires, pero que fue capaz de levantar en el cerro Alto del Rey una ciudadela aterrazada custodiada por fortalezas capaces de resistir durante largo tiempo al asedio español. Hoy se aprecian todavía las bases de las viviendas, que eran subterráneas, aisladas mediante gruesas paredes de piedra y techos de paja, además de algunos morteros, y en general toda la disposición de la ciudadela. En la entrada, un museo antropológico conserva piezas importantes halladas en la zona y puede visitarse durante todo el año.





POR DANIELA CHUEKE

Basta salir del subte y caminar los primeros diez metros hasta Camden High, la calle principal, para darse cuenta de que uno ha llegado a un lugar completamente fuera de lo común. Pese a figurar en todas las guías turísticas de Londres, Camden Town esconde un submundo al que no cualquiera puede adentrarse. No al menos sin estar dispuesto a abrir la mente, ampliar la mirada y dejarse llevar por toda suerte de sensaciones extrañas y perturbadoras.

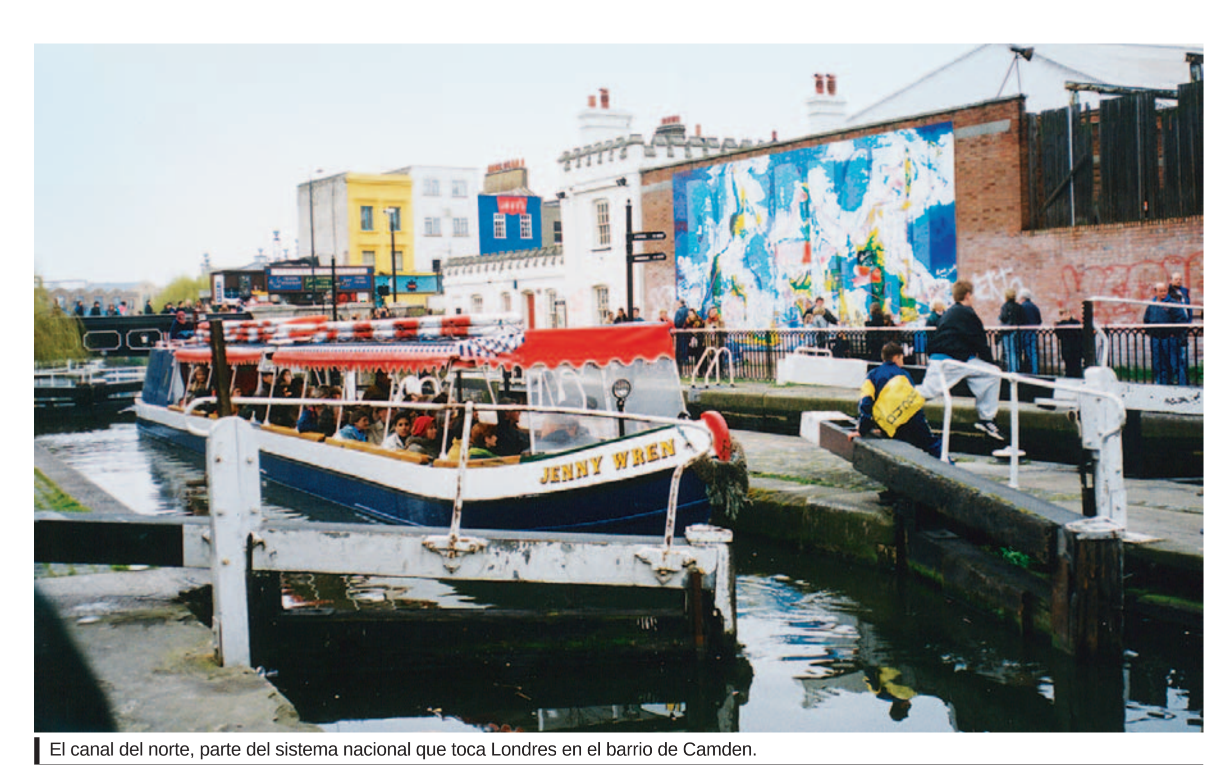
Conviene ir un domingo, con bastante tiempo y pocos prejuicios. De otro modo sería imposible relajarse y disfrutar del paseo, que promete mucha diversión aparte de las típicas compras en las ferias al aire libre.

Una legión de representantes de las más excéntricas tribus urbanas convive pacíficamente en las calles y los comercios del barrio londinense. Para un lego o un simple turista no es fácil distinguirlos, pero ellos se reconocen y diferencian entre sí por sus ropas, códigos de comunicación, comportamientos y distintos rituales: pueden ser góticos, punks, clubbers, navers, y hasta algunos sobrevivientes hippies.

Ellos se las arreglan para vivir su vida sin molestar y sin ser molestados. Como si sus cabellos verdes, plataformas de 15 centímetros, tatuajes y aros incrustados en los lugares más insólitos del cuerpo, no llamaran en absoluto la atención, esperan a los visitantes para distribuir entre ellos centenas de folletos promocionales: de clubes nocturnos exclusivos, de negocios especializados en cosas bizarras, clínicas de colocación de *piercings* o de peluquerías en las que es posible hacerse alguno de esos "raros peinados nuevos".

STABLES MARKET, EL MAS NUEVO Todas las grandes metrópolis tienen sus espacios considerados alternativos, pero Camden es, además del mayor y el más variado, el único en el que los movimientos contraculturales se mantienen vivos y efervescentes. En Camden las personas creen y sostienen, con absoluta convicción, los valores de sus respectivas tribus, sean cuales fueren. Es fácil comprobarlo si uno, después de curiosear entre los mercados para comprar regalos diferentes, se da el tiempo para investigar con cierta actitud antropológica,

Así, por ejemplo, es posible descubrir que los vampiros existen. Al menos hay quienes lo aseguran, desde las páginas de la revista *Bloodstone*, especialmente escrita para vampiros, y que se consigue en La Maga City Comics, un local muy llamativo ubicado en la calle Inverness. Sus lectores son también fanáticos de Black Rose, uno de los locales góticos del Stables Market, el mercado más nuevo y



El canal del norte, parte del sistema nacional que toca Londres en el barrio de Camden.



Una de las ferias, la de Camden Lock, con antiguedades y artesanías.

LONDRES *Camden Town*

Un día de bohemia

Al norte de Londres, en uno de los sitios considerados más atractivos de la capital británica, hay mucho para ver. El lugar es Camden Town, un gran barrio integrado por mucha gente bizarra, cinco amplios mercados de pulgas, una fila interminable de puestos de ropa usada, locales de comida étnica y objetos tan extraños que resulta difícil descubrir para qué podrían servir.

extravagante del barrio. Trajes de estilo medieval, adornos escalofriantes para la casa, candelabros con forma de cráneo y todo tipo de instrumentos de magia negra se consiguen en ese gran bazar gótico. Cualquier duda, se puede siempre consultar a los vendedores, sin dejarse amedrentar por su aspecto vampiresco; se sabe que de día son inofensivos.
La otra raza de Stables es la de los futuristas. Todo lo que ellos necesitan lo encuentran en Cyberdog, un local de ropas tan disparatadas como inútiles, pero de diseños totalmente de avanzada y con materiales increíbles: corpiños de plástico que brillan en la oscuridad, remeras decoradas con luces que se encienden y se apagan, polleras que parecen la cola de un lagarto extraterrestre. Todo eso exhibido en un ambiente de rave: luz negra, música electrónica y decorados cibernéticos.
Los afectos al *tatoo* se congregan en Pepi's y los cultores del *piercing* –los que se perforan el cuerpo con argollas y metales– aseguran que el mejor sitio para ponerse un nuevo accesorio es el London Piercing Studios.

LOS OTROS MERCADOS Si el tiempo alcanza, hay otros cuatro mercados para visitar. El Inverness Street Market vende frutas y verduras orgánicas para toda esa corriente de consumidores que defienden los cultivos totalmente naturales y combaten los alimentos genéticamente modificados.
Enfrente queda el Camden Market, en donde se vende ropa, objetos antiguos y accesorios, generalmente usados, pero también objetos de diseño. Es el paraíso para los nostálgicos y amantes del revival. A lo largo de la calle Camden High y su continuación, Chalk Farm, se encuentran las zapaterías en las que es posible hallar todos los modelos de botas y zapatos con plataformas kilométricas que, contrariamente a lo que se puede suponer, son bastante cómodas.
Al final de la calle, se llega al más viejo de los mercados, el Camden Lock Market.
En la década del '70, el mercado, situado a orillas del Regent's Canal, comenzó a funcionar los fines de semana, con venta de artesanías, pero pronto se incluyó una amplia variedad de artículos como antigüedades, ropa y puestos de comida callejera. El lugar pronto empezó a atraer a grandes números de londinenses y turistas, por los precios bajos y por el atractivo del lugar. Los paseos en bote por el canal o simplemente la opción de mirar los barcos pasar a través de los diques se convirtió y todavía es una parte importante de una visita a Camden.
El comercio durante los días domingo se permitió en este lugar cuando todavía era una actividad prohibida en muchas otras partes de la ciudad y eso contribuyó al crecimiento de la zona. En 1985, el área ya era famosa y entonces se añadieron otros tres mercados, y muchos de los locales situados entre las estaciones de subterráneo de Camden Town y Chalk Farm se vendieron y se convirtieron en restaurantes turísticos. La construcción de nuevos estudios, con sus famosos huevos gigantes y tazas en el techo de la Breakfast TV Station (TV-am), y ahora hogar de la MTV, marcó la tendencia para la llegada de un gran número de compañías de medios de comunicación internacionales que cambiaron la cara de Camden Town en los últimos diez años.
En 1990, muchos de los viejos edificios del Lock fueron renovados y se instaló el nuevo Market Hall con tres pisos de pequeños negocios cerca de la calle principal. Pero el mayor cambio en los últimos años fue el hecho de que ahora la actividad se desarrolla a lo largo de toda la semana y no sólo los sábados y domingos. La mayoría de los comercios permanecen abiertos los siete días de la semana.
Lo interesante es que la mayor parte de las personas que trabaja, vive y circula por Camden Town no es de origen británico. Lo que menos se ve por las calles son ingleses. El contraste es la norma en todas partes: la arquitectura victoriana, combinada con los olores de los *hot dogs* alemanes, los *shish ke babs* árabes y los arroces al curry indios; las cabezas rapadas y las multicolores, los trajes hippies y los punks, la vanguardia y la nostalgia.
La diversidad es la esencia. Y quizás también lo sea cierta libertad para tentarse y animarse a cambiar un poco. Se sabe, allí nunca nadie lo va a mirar asombrado si decide llevar los cabellos totalmente pintados de colores fluorescentes; no le van a preguntar si va a una fiesta de disfraces cuando compre un vestido de vinílico transparente, y tampoco van a cruzar la vereda si lo ven ataviado con agresiva campera de cuero con tachas puntiagudas y cadenas en lugar de collares. Nada, absolutamente nada, parece raro en Camden Town, uno de los lugares más excéntricos del mundo.



DATOS UTILES

Cómo llegar: El Jardín Japonés queda en la avenida Casares 2966 (en el cruce con Figueroa Alcorta). Entre otros, pasan los colectivos 160, 102, 130, 10 y 60. La estación Scalabrini Ortiz de la línea D del subte queda a 4 cuadras. Tel.: 4804-4922. Abre todos los días de 10 a 18 horas. La entrada cuesta $ 3 (menores entre 6 y 10 años $ 1). Menores de 6 años, gratis. Jubilados gratis los días hábiles.
Web: www. jardinjapones.com.ar
Para chicos: La organización Espacios Verdes organiza talleres en el bosque, juegos y actividades didácticas para chicos. Además los sábados y domingos a las 16.30 y 17 horas hay una función de títeres. Informes: 4807-7843.
Qué comer: La Casa de Té es el centro de intercambio social y cultural por excelencia del Jardín Japonés. Diseñado al estilo tradicional, en el edificio se ofrecen platos gastronómicos japoneses. El más famoso es el sushi, compuesto por tres unidades de nigüi (salmón), dos de pescado blanco y cuatro de makimono, acompañados con arroz. El plato, con la bebida incluida, cuesta $ 18. Otro de los platos tradicionales que se comen con palitos es el yakizakana, un pescado del día al grillé acompañado con una sopa de pasta de soja llamada misoshiru ($ 14). Para los postres –o para la merienda con té– hay masas japonesas con dulce azuki (pasta de poroto colorado). Está abierto durante todo el día, incluso para cenar. 4800-1322.

BUENOS AIRES *El Jardín Japonés*

Mundo Zen

El Jardín Japonés es una muestra fiel del diseño milenario asiático y un espacio de contemplación para alcanzar el nirvana. Un activo centro de cultura japonesa abierto a toda clase de visitantes.

POR JULIAN VARSAVSKY

Desde hace por lo menos tres mil años, en Japón se practica el refinado arte de diseñar jardines. A diferencia de Occidente –donde siempre se los ha pensado como simples lugares de paseo– los jardines japoneses tradicionales están concebidos como un ámbito para meditar. Un jardín zen es un espacio para la contemplación, ese rasgo característico del budismo japonés, que también puede centrarse en observar una pintura o una caligrafía. Según esta filosofía, el acto de meditar supone lograr la captación directa de la realidad, sin la interferencia del pensamiento y el lenguaje, que alteran las percepciones más puras e instintivas. Para realizar estos ejercicios que aspiran a mantener la mente en blanco –y llegar algún día al nirvana–, hace falta un ámbito de armonía natural y un silencio perfecto que permita alcanzar profundísimos niveles de concentración. Para esto, despojados de toda suntuosidad y rebosantes de simbolismo, se crearon los jardines japoneses.
La ciudad de Buenos Aires tiene uno de los jardines japoneses mejor logrados fuera de Asia. En un predio de dos hectáreas y media ubicado en el barrio de Palermo, fue creado en 1967 un jardín que toma como modelo el diseño zen, que generalmente se edifica como acceso previo a un templo. La razón para construirlo fue un homenaje a la visita a Buenos Aires de los príncipes herederos de la corona japonesa.

EL SIMBOLISMO DE LOS PUENTES. La imagen emblemática del Jardín Japonés es un puente curvo de color rojo denominado genéricamente taiko-bashi. Debido a su forma y sus bajos peldaños resulta complicado de transitar y conviene hacerlo de costado, tomándose de la baranda. El puente fue diseñado así porque conduce a la “isla de los dioses y los tesoros”, y para un mortal no debe ser sencillo llegar a los dioses. En esa isla hay una pequeña cascada que representa el origen de la vida. En otro sector del jardín hay un puente muy singular llamado yatsuhashi –puente de las decisiones– cuya forma en zig-zag deriva del ideograma que simboliza el número 8. El puente es una especie de plataforma truncada casi a ras del agua que, según la tradición, las personas deben atravesar antes de tomar una decisión de peso en su vida. El puente conduce a la “isla de los remedios milagrosos”.

LA SIMPLEZA DEL BONSAI. A lo largo de todo el Jardín Japonés hay innumerables especies de plantas, flores y árboles, tanto autóctonos como orientales. Allí encontramos bambúes, cerezos, ginko bilobas, pinos y plantas japonesas como la sakura, el acer palmatun y las azaleas. En los estanques llaman la atención los coloridos peces carpa de origen japonés (koi), que son tan atrevidos que basta con que una persona se acerque a la orilla para que saquen la cabeza abriendo la boca, cual perritos pidiendo de comer. En un extremo del jardín el Vivero Kandan suele ofrecer exposiciones de arbolitos bonsai, que también están a la venta. Antes de comprar uno se debe tener en cuenta que primero habría que hacer un curso de un día que ofrece el vivero. Un bonsai no es una planta modificada genéticamente sino un árbol al que se le cortan sistemáticamente las ramas y raíces para que pueda vivir sin crecer dentro de una maceta. Esta costumbre se originó en China hace unos dos mil años como un objeto de culto de los monjes taoístas. Mediante los rigurosos procedimientos del bonsai uno puede tener en un balcón, por ejemplo, una pequeña higuera, pinos, duraznos que dan su fruto en tamaño natural, olivos y cítricos. Pero si no recibieran su correspondiente cuidado morirían rápidamente. En el Vivero Kandan se venden árboles bonsai desde $ 12 en adelante, y un curso intensivo de un día donde se aprende a podarlos y trasplantarlos cuesta $ 35.

LA CEREMONIA DEL TE. Una vez cada tres meses se realiza en el Jardín Japonés el rito de la ceremonia del té. Se trata de una demostración gratuita a la que se puede asistir solamente a observar. El té fue introducido en Japón desde China en el siglo VIII. El consumo de matcha –té verde en polvo– se extendió entre los sacerdotes zen a partir del siglo XV. Pero el arte del Chanoyu no es simplemente una forma refinada de tomar el té. Por el contrario, se lo considera el símbolo de una estética típicamente japonesa que busca la belleza en la sencillez y simplicidad. Incluso, el desarrollo de las fórmulas de cortesía cotidiana de la mayoría de los japoneses obedece sobre todo a los formalismos que se observan en la ceremonia del té.

CULTURA JAPONESA PARA TODOS

El Jardín Japonés está administrado por la Fundación Cultural Argentino Japonesa, que organiza todos los meses un amplio programa de actividades y talleres. Entre los cursos se ofrece uno de origami –el arte del doblado de papel–, que consiste en armar figuras tradicionales con formas de geishas, grullas de la suerte y diversos animalitos. Junto al vivero hay un negocio de venta de estas tradicionales figuras y otras artesanías orientales. Por otra parte, en los jardines y en un auditorio suelen presentarse conjuntos de música tradicional japonesa.
Todos los sábados y domingos a las 15 horas se realiza una visita guiada que describe los significados de un jardín zen. El próximo lunes 9 de febrero se realizará un taller arancelado de oshibana (flores prensadas) y otro de poda de bonsai, que se repetirá el día 16 de ese mismo mes. Para el sábado 21 de febrero está programada una feria japonesa entre las 15 y las 21 horas. Para la ocasión habrá un patio de comidas típicas, shows musicales y de artes marciales, una ceremonia del té, varias disertaciones, exposiciones de pintura japonesa y un kiyome o ceremonia de purificación, que consiste en el uso ritual del incienso en el marco de la creencia milenaria de que el humo cura los dolores (será a las 20 horas). La entrada a la feria cuesta $ 4 (menores de 10 años gratis).